

# ¿Cuál fue el proyecto intelectual de Wittgenstein?

Brian McGuinness

En lo que sigue intentaré dar una idea de carácter general del pensamiento de Wittgenstein, con la esperanza de aprender algo sobre la empresa intelectual con la que estuvo comprometido a lo largo de toda su vida.<sup>1</sup> Con independencia de lo que ésta llegó a ser no cabe duda de que su pensamiento constituyó una parte esencial de la atracción que ejerció sobre quienes le conocieron. Al igual que el personaje de una de las primeras novelas de Iris Murdoch, fue capaz de dar a sus seguidores la impresión de que veían el mundo a una nueva y más clara luz, tanto desde el punto de vista intelectual como moral.

Comenzaré con lo que me permitiría llamar una apreciación psicogenética que ha de entenderse como esbozo de una hipótesis: la personalidad de Wittgenstein tenía, por decirlo así, dos caras. Una de ellas la habría heredado de su madre y la otra de su padre, coexistiendo ambas en fuerte contraste. Un matrimonio feliz sin duda, pero que, como apuntó su hija Hermine,<sup>2</sup>

no dejó de ser, sin embargo, el matrimonio de una mujer nacida para el sufrimiento con un hombre nacido para la acción.

En palabras del propio Wittgenstein, su madre jamás había llevado a término un solo pensamiento, excepción hecha de cuando tocaba el piano. Su padre era un hombre de negocios plenamente consagrado a su actividad que no sentía el más mínimo interés por quienes se dedicaban al cultivo de conocimientos carentes de utilidad inmediata, hasta el punto de referirse por escrito con abierto desdén a las opiniones que, en el terreno de la política o de la economía, no presentaran el debido grado de concreción. En la correspondencia de uno de sus hijos, Paul, puede verse una actitud parecida. Creo que hay una cierta semejanza con el estilo de Frege en el que se aprecia con toda claridad esa misma precisión y esa misma hostilidad hacia el *pathos*. «Heiliger Frege!» («Bendito Frege!») escribió Wittgenstein en el margen cuando leyó la observación de Hilbert en la que se negaba a ser expulsado del paraíso de Cantor.<sup>3</sup>

La música fue la mitad de su vida (según se complacía el mismo Wittgenstein en reconocer en sus últimos años) pero no escribió nada sobre ella. Existen muchos ámbitos –y el de la música era para él sin duda alguna uno de ellos– en los que es necesario moverse con una delicadeza extrema (*Fingerspitzengefühl*) de manera que estaría fuera de lugar intentar ser sistemático en su valoración. «*Tovey, dieser Esel*» («¡Ese asno de Tovey!») fue su reacción al enterarse de algunas de los comentarios hechos por este crítico musical, muy bien considerado y admirado no solo por su hermano Paul sino también por Joseph Joachim, primo lejano suyo. Ludwig también se mostraba muy escéptico sobre el valor de los trabajos del teórico de la música Schenker (maestro de su sobrino), pues consideraba que cuando sus observaciones eran acertadas no pasaban de ser triviales. Es mucho lo que hay que decir, por supuesto, sobre la relación que mantuvo con su extremadamente afectuosa madre y con los demás miembros femeninos de la familia: su excesiva «*Liebenswürdigkeit*» por ejemplo –podían resultar *demasiado* amables, *demasiado* complacientes, *demasiado* atentas– suscitaba en él sentimientos muy negativos, que se manifestarían con particular virulencia durante la época de su retiro en el pueblo en el que ejerció de maestro. Sin embargo, más tarde, se esforzó por acomodar este lado femenino de su personalidad (por servirnos de la terminología de la época) encerrándolo en un compartimento aparte. (El paralelismo entre la idea de Weininger<sup>4</sup> de las proporciones variables de los dos elementos –MMM o MMFF– es curiosamente similar a la notación utilizada por Wittgenstein en sus tablas de verdad.) Es posible que, al menos en la época del *Tractatus*, lo que se introdujera en ese compartimento fuese lo indecible. (En su padre también había, sin duda, un lado «femenino», que sus hijos no dejarían de advertir cuando interpretaba alguna pieza con el violín para acompañar a su esposa que tocaba piano.)

La influencia del padre de Wittgenstein en su educación fue más contundente. El total desinterés de Carl por la escolarización formal le llevó a escribir que no importaba lo que Ludwig pudiera hacer en la escuela de Linz o fuera de ella. Había que dejarle vagabundear («*faulenzten*») y divertirse en Viena: ya le llegaría el momento de entrar en los talleres y tener que aprender cosas verdaderamente útiles. Según parece, el propio Ludwig veía con buenos ojos estas ideas de su padre.

Su expediente escolar recoge su inclinación por seguir estudios superiores de física o ingeniería. Elección contradictoria sólo en apariencia: quería estudiar con Boltzmann y también quería ser aviador (no hay que olvidar que los aviadores de la época eran también fabricantes de aviones). Este último interés se puso de manifiesto ya en sus días escolares (muchos años después, uno de sus maestros todavía preguntaba en una carta si habría conservado su interés por la aeronáutica). Las dos opciones tienen algo en común si se repara en el hecho de que su admirado Boltzmann dio una conferencia en 1894 en la que predijo la superioridad del aeroplano sobre el dirigible. Pero ya por entonces no cabía duda que Wittgenstein acabaría haciendo estudios de carácter teórico. La muerte del

mencionado Boltzmann en aquellos mismos días le decidió a llevarlos a cabo en Berlín, si bien después de un año o dos dejó esta ciudad para trasladarse a Manchester en donde se le ofrecía la posibilidad de darles un enfoque más práctico (en aviación). Seguía así la idea de su padre según la cual convenía aprender tan rápidamente como fuera posible todo lo que necesitara para, a renglón seguido, ponerlo en práctica.

En una anotación de 1931 de su diario,<sup>5</sup> citada a menudo, escribe que recibió la influencia de un determinado número de pensadores, a quienes menciona en el orden cronológico en el que aparentemente se ejerció. Así, menciona a Boltzmann, Hertz, Schopenhauer, Frege, Russell, Kraus, Loos, Weininger, Spengler y Sraffa. La influencia de los dos últimos ha de ser considerada aparte por haberse dado más tarde, pero todos los demás han dejado su huella en el *Tractatus*: Hertz por lo que se refiere a la teoría pictórica, Schopenhauer por su actitud hacia el mundo (cuyo pesimismo Wittgenstein trata de compatibilizar con el optimismo de Tolstoy), Frege y Russell por el tratamiento de la lógica y la matemática, Kraus por el rechazo de opiniones mediante la utilización del mismo lenguaje del que éstas se sirven, Loos por su clara distinción entre ornamentación y funcionalidad en arquitectura (y, a partir de ahí, por la idea de que los elementos innecesarios en un lenguaje de signos carecen de significado)<sup>6</sup> y Weininger –en sus «Aforismos»– por su actitud dominada por un inclemente fatalismo. Me propongo detenerme en la consideración de tan solo alguna de estas influencias.<sup>7</sup>

La primera de ellas fue la de Boltzmann. Wittgenstein pudo haber asistido a algunas de las conferencias de carácter divulgativo sobre física que éste daba en Viena bien durante las vacaciones escolares o bien en los días en que no asistía a clase, o pudo también haber leído algo sobre ellas en la *Neue Freie Presse (NFP)* o en algún otro periódico, pues el interés que había despertado esta serie de charlas llegó a ser muy grande. Estas conferencias sobre Filosofía de la naturaleza («Naturphilosophie»), que tuvieron lugar durante los años 1903-1906 y que han sido publicadas sólo recientemente,<sup>8</sup> están llenas de ataques a los intentos de la filosofía por colonizar territorios propios de la ciencia.

Al igual que Mach, que había ocupado la cátedra de Filosofía natural antes que él, Boltzmann admitía –por no decir que se complacía en proclamar– que no era filósofo, pero mientras que Mach lo hacía con modestia y poco menos que desdiciéndose, Boltzmann se permitía añadir una dosis considerable de socaronería y menosprecio. Transcribo a continuación un extracto de la *NFP* de 27 de octubre de 1903:

La sensación de que es todo un misterio el hecho mismo de estar vivo ha supuesto siempre para mí una especie de pesadilla. O el mero hecho de que el mundo exista. O el de que sea como es. La ciencia que pudiera explicar estos misterios sería –en mi opinión– la verdadera reina de las ciencias. Yo la llamaría filosofía. He ido adquiriendo un conocimiento cada vez mayor de la naturaleza, he tomado partido por la teoría de Darwin, y todo ello me

ha ayudado a ver que es sin duda un error mayúsculo plantearse siquiera estas cuestiones, que no hay respuesta para ellas, que carecen de sentido. De modo que, en la práctica, volvemos donde estábamos: la filosofía carece de sentido.

Encontramos aquí una hostilidad hacia la teoría semejante a la que habíamos advertido en Wittgenstein en relación con la teoría de la música, hostilidad que le caracterizaría a lo largo de toda su vida. Si se toman en consideración por un momento sus últimos escritos podemos ver que siempre se opuso a lo que Kreisel llamaba ISMOS.<sup>9</sup> Podemos detectar varias formas de esta hostilidad a la teoría en general, e incluso al apriorismo, en por ejemplo su insistencia en el uso de métodos diferentes en áreas diferentes y en ocasiones también en una misma área. Del mismo modo, se observa (en abierta oposición a las tendencias dominantes en su época y en su medio) un rechazo de la formalización que tendía a extenderse a nuevas áreas como, por ejemplo, la lingüística o la teoría musical. A menudo le vemos defender una observación muy concreta que echa por tierra la construcción del teórico, complaciéndose en la constatación de resultados contra-intuitivos. Ejemplo de ello serían cuestiones como: ¿qué harías si se diera una contradicción? O bien: ¿en qué consistiría dudar del dolor que alguien experimenta realmente?

Pero un rechazo de la teoría como éste no constituye por sí mismo una teoría y no equivale a algo sistemático sobre lo cual otros pudieran trabajar o de lo que pudieran servirse. Kreisel plantea la analogía del complemento de un conjunto, que no es él mismo un conjunto. De este modo mientras que la labor destructiva de Wittgenstein puede resultar encomiable –como en el caso por ejemplo de su rechazo de los fundamentos tradicionales de las matemáticas–<sup>10</sup> cabe objetar que no necesariamente hay una forma de llevarla a cabo. Tan solo podemos contar con fragmentos de método, tales como vienen a serlo sus descalificaciones de planteamientos equivocados (*falsche Fragestellungen*), la detección del error consistente en formular las preguntas equivocadas, su característico gesto de aversión hacia ciertos tipos de razonamiento (al que alude Ryle en una nota necrológica), etc. Fragmentos de método que nos llevarían a algo más parecido a los *Tópicos* de Aristóteles que a los *Analíticos* y de donde procedería la dificultad de reunirlos en un tratado (también los *Tópicos* presentan una ordenación bastante artificial). Esta es la crítica que podría hacerle a Wittgenstein un seguidor de Popper. La imagen que suele darse de su vida es la de alguien que causaba una impresión mucho más fuerte como conversador brillante que como conferenciante y mayor todavía en este último papel que en los escritos que más adelante verían la luz: un personaje fascinante o encantador más que un pensador sistemático.

Sin embargo, sería un serio malentendido pensar que optó por seguir esta vía discursiva o sinuosa llevado por una falta de capacidad para proceder de otro modo o por una obstinación carente de fundamento. Bien al contrario, tenía

muy buenas razones para pensar que solo de este modo podrían alcanzarse los objetivos de la filosofía. De manera que en lugar de dejar de lado el asunto como hiciera Boltzmann o como quizás debiera haberlo hecho (*que diable allait-il faire dans cette galère?*), Wittgenstein intentó mostrar de manera sistemática cuáles eran esos objetivos y hasta qué punto podían alcanzarse. El *Tractatus* fue el resultado de ese intento y resulta muy significativo que quisiera verlo publicado junto con su obra posterior. Con ello se pone de manifiesto la razón por la que llevó a cabo esta última exactamente del modo en que lo hizo.

El camino –el largo camino– que le condujo al rechazo paradójicamente sistemático de la teoría, que es lo que vino a ser el *Tractatus*, comenzaba con consideraciones relativas a las matemáticas y a la lógica. Por esta vía llegó a tomar forma en Wittgenstein la pasión por la filosofía a la que se refiere su hermana Hermine, según la cual ésta se manifestaría ya durante sus años de Berlín (1906-1908) «o poco después» (lo que vendría a coincidir con su estancia en Manchester, 1908-1911). Wittgenstein comentó a sus amigos que su interés iba de las ecuaciones que requería el diseño de la turbina en el que estaba trabajando a las matemáticas que constituían la base de esas mismas ecuaciones, lo que encaja – como pronto veremos– con lo que se refleja en su correspondencia. Así fue pues cómo las matemáticas y la lógica, que fueron una parte importante de su pensamiento filosófico durante ese periodo, se introdujeron con toda naturalidad en la vida del Wittgenstein que aspiraba a ser físico o ingeniero.

Sin embargo, algunas de sus ideas a este respecto pudieron ser suscitadas por las conferencias de Boltzmann a las que ya se ha hecho mención, que tuvieron continuidad en el debate acerca de los diferentes tipos de números. Boltzmann no fue en modo alguno un realista en lo que a estos se refiere. En matemáticas, entendidas como el lenguaje con el que se expresa la ciencia, cada nuevo tipo de número no es más que un instrumento creado con el propósito de responder a una necesidad científica práctica.

Podemos reconstruir su interés filosófico por las matemáticas aludiendo a la lectura de la obra de su profesor en Manchester, Lamb, a las conversaciones que mantuvo con él (que tendrían lugar entre 1908 y 1909) y a una carta a P.E.B. Jourdain en la que aporta una solución a la paradoja de Russell (1909), proceso que culminaría con su llegada a Cambridge en 1911, tan bien descrita por el propio Russell, con Wittgenstein enfrentado al dilema de optar por la ingeniería o por seguir su vocación filosófica, exactamente como lo cuenta también su hermana.<sup>11</sup>

Su vocación filosófica acabó imponiéndose sobre la puramente matemática. Centraremos nuestra atención, en primer lugar, en el *Tractatus* que, pese a sus reiterados pronunciamientos en sentido contrario, constituye por sí mismo toda una teoría, si bien se trata de una teoría concebida con el propósito de acabar con la teoría. De hecho puede verse como la última de las teorías. De acuerdo con sus propios términos, el *Tractatus* sería necesariamente la última de las teorías dado que solo mediante el reconocimiento de que sus proposiciones carecen de

sentido podemos entenderlas, pero es también de hecho la última en la tradición lógica de la filosofía que intenta dar una explicación suficientemente general de las relaciones entre el lenguaje (no un lenguaje en particular, sino el lenguaje en cuanto tal) y el mundo. El objetivo principal de dicha teoría es el de acabar tanto con la teoría como con la confusión (en la medida en que sea posible distinguir la una de la otra) mediante una economía extrema de supuestos ontológicos y axiomáticos. La desaparición de las constantes lógicas, de la probabilidad como objeto y de las clases,<sup>12</sup> son ejemplos de lo primero; en tanto que la negación de que existan leyes fundamentales de la lógica<sup>13</sup> es un ejemplo de lo segundo.

Recuérdese que, en última instancia, esta «teoría» se presentaba en buena medida como una explicación exhaustiva de la proposición en cuanto tal, es decir, de la posibilidad misma de decir o pensar cualquier cosa, lo que a su vez debe reflejar con exactitud las posibilidades de existencia y verdad. Este concepto clave de la proposición se explica mediante la noción de pintura. Se trata de una noción tomada o adaptada de la obra de Hertz, el segundo de los autores de la lista elaborada por Wittgenstein con los nombres de quienes habían ejercido su influencia sobre él. Hertz describió los sistemas mecánicos como pinturas o modelos dotados de la misma multiplicidad que los objetos externos, de manera que las consecuencias necesarias (en el pensamiento) de las pinturas son representaciones de las consecuencias necesarias (*in rerum natura*) de las cosas representadas.<sup>14</sup>

El *Tractatus* de Wittgenstein es un intento de aplicar esta misma idea al lenguaje como un todo. Sus objetos son el correlato de los puntos materiales de Hertz y, al igual que ellos, son objetos puramente teóricos cuya existencia se postula solo en la medida en que se los necesita para representar los estados de cosas que deseamos representar pero que no son –o no son necesariamente– identificables por sí mismos. Las posibilidades de combinación de los nombres en las oraciones reflejan exactamente (y podemos decir que también necesariamente) las posibilidades de combinación de los objetos en los estados de cosas. De la misma manera que Hertz prescinde de la noción de fuerza, Wittgenstein prescinde no solo de los objetos lógicos ya mencionados sino también de toda conexión entre los diferentes estados de cosas como la que parece exigir la causalidad.

En todos y cada uno de los periodos de la vida de Wittgenstein volvemos a encontrarnos con la influencia de Hertz. Una y otra vez se sirvió de una cita en la que éste apunta a que la filosofía no suele proceder proporcionando una respuesta explícita a una cuestión dada sino mostrando que la propia pregunta está mal planteada: la utilizó por ejemplo en su intervención inaugural ante el Moral Science Club, en su réplica a Popper e incluso llegó a pensar en ella como *motto* de su libro. Otra influencia de Hertz de particular calado –o cuanto menos un punto en el que ambos coincidían– presenta cierta sutileza. Ambos pensaban que el mérito principal de su propia obra no radicaba tanto en su originalidad cuanto en la manera de presentar cuestiones que son meridianamente claras. La

claridad de la presentación también es notable en Frege pero no la consciencia de que en ello estriba el meollo del asunto. El Prefacio del *Tractatus* no reivindica para éste ninguna «novedad en el detalle» sino que sitúa como el primer elemento del valor de la obra (si lo tuviere) en los «pensamientos [contenidos en ella], y este valor será tanto más grande cuanto mejor expresados estén esos pensamientos. Cuanto más se haya dado en el clavo.» En este punto Wittgenstein se hace eco de las palabras de Hertz en su *Mecánica*: «Lo que espero que sea nuevo, y a lo único a lo que atribuyo valor es a la disposición y a la ordenación del todo (*Anordnung und Zusammenstellung des Ganzen*)– el aspecto lógico o filosófico del asunto»,<sup>15</sup> y la importancia de estos mismos elementos se subraya en el borrador de un prefacio que Wittgenstein escribió en 1938 para la obra que entonces proyectaba escribir: «explicitaré por medio de un sistema de numeración las conexiones entre estas observaciones donde la disposición no las hace evidentes (*die Zusammennhänge der Bemerkungen, wo ihre Anordnung sie nicht erkennen lässt*).»<sup>16</sup> (Este propósito no se cumplió enteramente.)

Las nociones de pintura y de conexión lógica entre pinturas derivan sin duda alguna de Hertz pero los problemas que estas nociones le permitieron resolver a Wittgenstein tenían un origen distinto. En otro lugar me he ocupado de las preocupaciones que compartieron él y Russell en 1912-1913.<sup>17</sup> ¡Ojalá estuviéramos tan bien informados sobre sus discusiones con Frege! A lo largo de estos años se fue haciendo cada vez más evidente que una nueva concepción general de la lógica –Russell empezó a esbozar la suya en 1912– debería quedar en manos de Wittgenstein. Y fue ésta la razón que llevó al mismo Russell a decirle a Hermine Wittgenstein: «Confiamos en que sea su hermano quien dé el próximo gran paso en lógica». Tanto las «Notas sobre Lógica» como las «Notas dictadas a Moore» son, sin duda, borradores (o quizás deban ser considerados como las dos partes de un único borrador) de dicha concepción de la lógica. Como primer paso hacia la solución de los fundamentos de la lógica necesitaba una explicación del funcionamiento de la proposición más elemental,<sup>18</sup> que fuera capaz tanto de presentarla como el punto de contacto entre el lenguaje y el mundo como de situar su bivalencia más allá de toda duda. Algunos de los problemas que esto planteaba pueden verse en el capítulo «La comprensión de las proposiciones» del manuscrito de Russell de 1913, publicado póstumamente bajo el título de *Teoría del conocimiento*. Por sus cartas sabemos que precisamente este capítulo fue tan severamente criticado por Wittgenstein que Russell abandonó el proyecto de publicar el mencionado libro.<sup>19</sup> Se trata de la crítica de su concepción del juicio que también encontramos en *Tractatus* 5.5422.

En las «Notas sobre Lógica», sin embargo, hay también una crítica del punto mismo que nos interesa aquí.

Frege dijo: «las proposiciones son nombres»; Russell dijo: «las proposiciones corresponden a complejos.» Ambas afirmaciones son falsas y especial-

mente falso es el enunciado «las proposiciones son nombres de complejos.» Los hechos no pueden ser nombrados.<sup>20</sup>

La primera reacción de Wittgenstein, como podemos ver en las dos recopilaciones de notas, consistió en decir que el significado de una proposición es el hecho que le corresponde (y que desde luego puede hacerla verdadera o falsa).<sup>21</sup> Así es como pensaba hasta abril de 1914; sin embargo, en las primeras notas escritas una vez iniciada la guerra encontramos una explicación bastante diferente y una terminología notablemente distinta. Su trasfondo es la introducción de lo que suele llamarse «teoría pictórica,» que es en realidad una teoría mucho más amplia (en el sentido paradójico de teoría que ya se ha señalado). Wittgenstein evoca como contraparte necesaria del lenguaje un modelo hertziano de un mundo de objetos que establecen relaciones que (dada la simplicidad del modelo en cuestión) no pueden más que o darse o no. Es aquí donde se introduce el término *Sachverhalte*.<sup>22</sup> La idea de que los objetos (del pensamiento o del habla) pueden indicarse solo en función de su combinación recíproca y de que tal combinación da lugar a un estado de cosas (*Sachverhalt*) que puede darse (*bestehen*) o no darse no era una idea derivada de la obra de Russell. De hecho, cuando Wittgenstein intentó hablar de estas cuestiones en inglés se vio obligado a recuperar la noción de hecho atómico que, siendo un hecho, debe darse forzosamente. Su terminología alemana es más precisa en este respecto y es sorprendentemente análoga a la usada por Adolf Reinach en su ensayo sobre el juicio negativo, publicado por primera vez en 1911.<sup>23</sup> Aparentemente, Wittgenstein utiliza esta terminología para fijar –aunque en realidad lo hace más bien para reflejar– la bivalencia esencial del sistema de proposiciones. El pensamiento, la aserción, la verdad solo tienen entidad cuando está en juego un contenido adecuado. Julio César no puede ser aseverado (perogrullada cuya importancia vio Frege). Necesitamos un *beurteilbarer Inhalt*, es decir, un contenido susceptible de ser juzgado (p. ej., el contenido de pensamiento de que Bruto mató a César).<sup>24</sup> Si intentamos atrapar la esencia de lo que es un contenido susceptible de ser juzgado, el *Satzverband*, como lo llamaba Wittgenstein,<sup>25</sup> lo que mantiene la proposición unida y lo que hace de ella una proposición, vemos que es simplemente esta cualidad de ser verdadera o falsa (aunque o/y no necesariamente lo uno o necesariamente lo otro); y esto es lo que se quiere decir al afirmar que la proposición presenta o asevera un *Sachverhalt*.

En cierto sentido esto es, en buena medida, retórico: se da una explicación circular, ni objetos y *Sachverhalte* por un lado, ni proposiciones elementales y nombres por otro, son identificables de manera independiente en la práctica. La explicación se presenta como el modo más satisfactorio de encajar en las características de las proposiciones requeridas para la construcción de la «Lógica», es decir, lo que Wittgenstein y Russell tenían por tal en aquella época. Cuando parece que se ofrece un argumento, como ocurre en *Tractatus* 2.0211-2 («Si el mundo no



tuviera sustancia alguna [i.e. si no hubiera objetos simples], el que una proposición tuviera sentido dependería de que otra proposición fuera verdadera. Sería entonces imposible trazar una figura del mundo verdadera o falsa» en realidad se evita la cuestión, porque se presupone la determinación del sentido, que es lo que para Wittgenstein significa la bivalencia.

Sin embargo, el resultado que así se alcanza dista de ser trivial. Si Wittgenstein puede afirmar que todas las constantes lógicas están implícitas en las proposiciones elementales y que la forma general de la proposición así dada es el «uno y único signo primitivo de la lógica» (TLP 5.47, 5.472),<sup>26</sup> entonces habrá mostrado que el aparato o simbolismo que tenemos que emplear, conscientemente o no, para afirmar la proposición más simple es también el adecuado para establecer cualquiera de las proposiciones de la lógica. De este modo<sup>27</sup> podrá pasar con toda facilidad a proporcionar los fundamentos requeridos por la lógica de los *Principia Mathematica* al mostrar precisamente que no hay necesidad alguna de ellos. Y todo ello como consecuencia de una formulación convincente de las condiciones que ha de reunir cualquier proposición para ser verdadera –o falsa.

Este es el contenido de lo que yo mismo he llamado en otro lugar el proto-*Prototractatus*,<sup>28</sup> el *Abhandlung* o tratado que Wittgenstein escribía a lápiz en hojas sueltas en el otoño de 1915.<sup>29</sup> Disponemos de una versión de éste contenida en las primeras setenta páginas del manuscrito depositado en la Biblioteca Bodleiana (ms 104), que termina con las siguientes tres proposiciones (que incluso pudieron ocurrírsele posteriormente):

- 6.2 La ética no consiste en proposiciones.
- 6.3 Todas las proposiciones tienen el mismo valor.
- 7 De lo que no se puede hablar hay que callar.<sup>30</sup>

Con este final (o con la demostración precedente de que las proposiciones de la lógica nada dicen) el primer *Abhandlung* habría sido aún más contundente en sus silencios sobre lo que no puede decirse de lo que lo es el *Tractatus* que conocemos.<sup>31</sup> Sería exactamente lo que Kreisel consideraba que era este último, una oda a la lógica proposicional,<sup>32</sup> una aportación a la filosofía heroica como lo fueron las obras de Russell y Frege, que proporciona una explicación de todo lo que puede pensarse, no en términos de números o clases o conceptos, sino en términos de lo que puede ser dicho. Además logra evitar ser ella misma una teoría a priori al afirmar que no es una teoría en absoluto. Todo lo que se permite –y con ello todo lo que hace– es mostrar (Wittgenstein pone todo el acento en este término) cuáles son las características lógicas de la realidad. De ahí la importancia que tenía para él encontrar una formulación de la lógica en la que fuera absolutamente imposible escribir un sinsentido: una formulación en la que, como diría más tarde, éste quedara excluido de manera mecánica. Si esto pudiera hacerse (como por entonces pensaba erróneamente, aunque no sin fundamento) quedaría claro

que la lógica no sólo no necesitaba una justificación sino que no era susceptible de tenerla. Como se muestra de manera explícita en su libro, en este terreno nada en absoluto puede decirse.

Con esto alcanzamos el punto crítico, la *volta*, en la filosofía temprana de Wittgenstein. A través de un rodeo hemos llegado a una verdadera comprensión de la imposibilidad de la filosofía a la que se refería Boltzmann. Wittgenstein se vio llevado de la ingeniería a las matemáticas, de las matemáticas a la lógica, de la lógica al lenguaje y del lenguaje a lo indecible. Siguiendo con la corrosiva imagen de Boltzmann en la que comparaba la filosofía con una virgen consagrada, podríamos decir que aunque ésta no tenga de hecho descendencia, esa misma limitación es el mejor regalo que ha podido hacerle a la humanidad. Wittgenstein apunta a esto mismo de manera metafórica al decir que debemos desprendernos de la escalera de sus proposiciones una vez que hemos ascendido por ella y al decir, de manera menos metafórica pero no menos expresiva, que quien siga el curso de sus pensamientos verá el mundo correctamente.<sup>33</sup>

Visto así, el rechazo de la teoría que constituye su filosofía puede ser considerado como un programa no sólo intelectual sino de vida. Ciertamente es que no puede ser seguido hasta sus últimas consecuencias de manera sistemática, pero esto es debido precisamente al reconocimiento de que no existe una ciencia maestra, ningún conjunto de fundamentos válido para todo. En ocasiones el *Tractatus* parece proporcionarnos una metafísica alternativa al enfrentarnos a los límites inexpresables del lenguaje y el mundo. Su obra tardía nos da una idea de cómo servirnos de esta situación. En cada campo –hemos mencionado la música y la lógica– debemos dejarnos llevar por aquello en lo que estamos interesados, no debemos distorsionarlo, no debemos imponerle leyes (lo que no excluye la posibilidad de una ampliación del campo de visión como la que propiciaron Gödel o Turing.) En la esfera moral creo que encajaría con el espíritu de Wittgenstein plantearse si la lógica deóntica está basada en un error. Lo que es claro, lo es, pero las leyes que lo rigen no lo son. La contención es por sí misma un programa. Me parece aquí del todo pertinente recordar unos versos del *Vermächtnis altpersischen Glaubens* del *West-Östlicher Divan* de Goethe en donde lo que el sabio en su lecho de muerte lega a sus discípulos es precisamente esa obra de purificación:

*Schwerer Dienste tägliche Bewahrung  
Sonst bedarf es keiner Offenbarung\**

De manera que cuando pensamos en el esfuerzo constante que realizó Wittgenstein por alcanzar un cierto tipo de pureza en la vida (*mit sich selbst ins reine kommen*) vemos que la filosofía tal como la practicó formaba parte con toda naturalidad de su proyecto de vida. Era el mejor modo de aprender la humildad que requiere cualquier actividad o, si se quiere, el mejor modo de adquirir el sentido de reverencia de cuya falta acusaba a los miembros del grupo de Bloomsbury.

Quizás era esta también una manera de reconciliar el *esprit de finesse* heredado de su madre con el *esprit de géométrie* (o incluso el *esprit de comptoir*, pues a menudo se había sentido –hablando metafóricamente– un hombre de negocios realista como su padre), que fueron sin duda dos de los muchos elementos de su naturaleza.

Traducción de Vicent Raga Pujol

## NOTAS

- \* Si cumplimos con las arduas obligaciones del día/  
Ninguna necesidad tendremos ya de mejor guía.
1. Este ha sido uno de los principales asuntos que he tenido la oportunidad de discutir en la correspondencia que he mantenido con el Profesor Kreisel, de la que –y a lo largo de la cual– he aprendido mucho.
  2. Hermine Wittgenstein, *Familienerinnerungen*, Viena 1944-49 (texto mecanografiado de circulación restringida), citado aquí y de la que me he servido *passim*.
  3. La observación de Hilbert sobre el paraíso de Cantor –o más bien el hecho de que se la cite tan a menudo– es un ejemplo de lo necesaria que es la terapia propugnada por Wittgenstein. A menudo las observaciones menos matizadas de los grandes autores son las más repetidas –quizás la que dice «*Der liebe Gott würfelt nicht*» («Dios no juega a los dados») sea una de ellas.
  4. Véase Weininger, Otto, *Sex and Character*, William Heinemann, Londres 1906. (Hay trad. de Felipe Jiménez de Asúa: *Sexo y carácter*, Península, Barcelona, 1985.)
  5. *Culture and Value* (G.H. von Wright (ed.), trad. inglesa de P. Winch: texto alemán en *Vermischte Bemerkungen*, nueva edición, Frankfurt 1994), Oxford 1980; p. 19. (Hay trad. de Elsa C. Frost; *Aforismos*, Espasa Calpe, Madrid 1995.)
  6. *Tractatus* 5.47321.
  7. Por lo que se refiere a Schopenhauer y Weininger, véase mi «Solipsismo» en *Approaches to Wittgenstein. Collected Papers*, Routledge, Londres 2002 y, también, Patrick L. Gardiner *Schopenhauer*, Penguin, Harmondsworth 1963. En lo que se refiere a Kraus y a Loos puede verse Engelmann, Paul, *Letters from Ludwig Wittgenstein with a Memoir*, Blackwell, Oxford 1967.
  8. Fasol-Boltzman, I.M. (ed.), *Ludwig Boltzman: Principien der Naturfilosofi*, Springer, Nueva York, 1990.
  9. Kreisel, Georg, 'Einige Erläuterungen zu Wittgenstein Kummer mit Hilbert und Gödel', en *Epistemology and Philosophy of Science*, Proceedings of the Seventh International Wittgenstein Symposium, Weingartner y Czermak (eds.), 1983.
  10. Kreisel, Georg, 'Second thoughts around some of Gödel writings' in *Synthese* 114: 1998, p.117, donde lo compara con la actitud de Bourbaki.
  11. V. McGuinness, Brian, *Wittgenstein, A Life, vol I, Young Ludwig 1889-1921*, Duckworth and University of California Press, Londres, 1988, pp. 92 y 74 respectivamente. (Hay trad. de Huberto Marraud, *El joven Wittgenstein*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.)
  12. *Tractatus* 4.0312, 5.441 etc; 5.1511 y 6.031 respectivamente.
  13. *Tractatus* 6.127.
  14. Hertz Heinrich R., *Die Principien der Mechanik*, en *Gesammelte Werke*, vol. 3, P.E.A. Lenard (ed.), Barth, Leipzig 1894. *Principles of Mechanics*, Macmillan, Londres 1899 (última edición: Dover, Nueva York, 1956). Introducción. V. también la sección sobre modelos dinámicos (p. 199; p. 177 de la trad. inglesa) a la que explícitamente se refiere Wittgenstein (*Tractatus*, 4.04)
  15. Hertz, *loc. cit.* Janik destaca la importancia de la *retórica* tanto para Hertz como para Wittgenstein.
  16. En el ms 117, p. 110 (v. 'The Wittgenstein Papers' en von Wright 1982). V. Hacker, Gordon y Baker, P.M.S. (eds.) *Wittgenstein, Understanding and Meaning*, Blackwell, Oxford, 1980, pp. 25 y ss.
  17. McGuinness, Brian, 1988 *cit.*, en particular pp. 90 y ss y 160 y ss.
  18. Wittgenstein ya vio esto en el verano de 1912, cuando le escribió a Russell: «Creo que podemos hacer remontar nuestros problemas a las proposiciones *atómicas*. Se percatará usted de esto si trata de explicar precisamente de qué manera la cópula tiene sentido en tal proposición.» *Cambridge Letters*, B. McGuinness y G.H. von Wright (eds.), Blackwell, Oxford y Nueva York 1995; p. 20. (Hay trad. de la primera edición por Néstor Míguez; *Cartas a Russell, Keynes y Moore*, Taurus, Madrid, 1979; p. 22.)

19. Russell, Bertrand, *Theory of Knowledge, The 1913 Manuscript*, M. Eames y R. Blackwell (eds.), Allen and Unwin, Londres 1984; Parte II, cap. I. En lo que se refiere a las críticas de Wittgenstein, véase McGuinness, Brian, 1988, *cit.*, pp.173 y ss.
20. *Notes on Logic, cit.*, p. 97 (en ediciones anteriores, p. 93). Las diferentes ediciones presentan variantes en la ordenación del texto, pero no puede dejar de citarse aquí *Tractatus* 3.143 y 3.144. (Hay trad. de esta segunda edición por J. Muñoz e I. Reguera, *Diario filosófico (1914-1916)*, Ariel, Barcelona 1982; p.165)
21. *Notes on Logic, cit.*, p. 94 (en todas las ediciones),
22. *Notebooks*, p. 5 (20 septiembre 14) y *passim*. En este mismo contexto Wittgenstein dice «Que la proposición (*Satz*) es una figuración lógica (*Abbild*) de su significado, es cosa obvia para el ojo libre de prejuicios.» (Trad. cast. *Diario, cit.*, p. 16.)
23. «Zur Theorie des negativen Urteils» en Pfaender, Alexander (ed.) *Münchener philosophische Abhandlungen*, Barth, Leipzig 1911, así como en Reinach, Adolf, *Sämtliche Werke*, vol. I, Philosophia, Munich 1989. (Trad. inglesa en Smith y Künne (eds.), *Parts and Moments*, Philosophia, Munich 1982, en donde puede verse también el artículo «Pieces of a Theory» de B. Smith y K. Mulligan).
24. «*Begriffsschrift*» en Frege, Gottlob, *Translations from the Philosophical Writings*, P.T. Geach y M. Black (eds.) Blackwell, Oxford 1952; p. 2. (Hay trad. cast. de Hugo Padilla; *Conceptografía...* UNAM México, 1972). El ejemplo utilizado allí es otro distinto.
25. *Notebooks, cit.*, 20.9.14; *Tractatus*, 4.221
26. Este último extremo equivale a la idea de Wittgenstein de que una sola regla simbólica bastará para reconocer todas las proposiciones de los ocho primeros capítulos de *Principia Mathematica*, idea que formuló en noviembre de 1913 (*Cambridge Letters*, p. 52 [p. 43 y s. de la ed. esp.]) Hay dos formas de dicha regla, las tablas de verdad y la notación de Wittgenstein que se sirve de corchetes (*Tractatus* 4.442 y 6.1203 respectivamente).
27. Ni que decir tiene que quedaron pendientes muchas dificultades, a algunas de las cuales se refirió Wittgenstein con una mezcla de ingenuidad y despreocupación, pero la plausibilidad de que este enfoque tuviera lugar en esta época puede desprenderse del hecho de que F.P. Ramsey todavía se sintiera satisfecho de él cuando redactó el artículo sobre lógica matemática para la *Encyclopedia Britannica* («Mathematics: Mathematical Logic», 13<sup>a</sup> edición, 1926).
28. Véase mi «Some pre-*Tractatus* manuscripts», in *Approaches, cit.*
29. V. la carta a Russell de 22.10.15 en *Cambridge Letters, cit.* (Trad. cit., p. 61.)
30. 6.2 Die Ethik besteht nicht aus Sätzen; 6.3 Alle Sätze sind Gleichwertig; 7 Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen.
31. Para una interpretación de cómo llegó Wittgenstein –bajo la influencia de sus amigos de Olmütz y de sus mentores (Kraus, Loos y Weininger)– a añadir algunas observaciones tendentes a definir (incluso por negación) la esfera de lo indecible, véase mi «The Idea of Jewishness» (En *Approaches, cit.*)
32. Kreisel 1998, *cit.*, p.116.
33. *Tractatus* 6.54. Esta es una de las observaciones que ilustra la noción de lo indecible y su relevancia para la vida que Wittgenstein (como he señalado en «The Idea of Jewishness», *cit.*) añadió a su *Abhandlung* original en respuesta a sus amigos de Olmütz (y a la influencia de Kraus, Loos y Weininger). Pero el trabajo principal ya estaba hecho.

.....

**BRIAN MCGUINNESS** ha sido *fellow* del Queen's College d'Oxford y es profesor de Filosofía en la Universidad de Siena, Italia, ciudad en la que reside actualmente. Es autor (con David Pears) de la segunda versión inglesa del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein y asimismo autor de una biografía muy estimada del filósofo austríaco: *Wittgenstein, A Life: Young Ludwig 1889-1921*, aparecida en 1988, y en cuyo segundo volumen sigue trabajando. El presente ensayo corresponde a su intervención en un seminario organizado por el Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento de la Universitat de València en la primavera de 2012, bajo el rótulo «Seeing the World Aright». Mc Guinness ha publicado asimismo una recopilación de trabajos sobre la personalidad y la obra de Wittgenstein elaborados a lo largo de más de cincuenta años (*Approaches to Wittgenstein. Collected Papers*, 2002), ha editado el libro de F. Waismann *Wittgenstein and the Vienna Circle*, 1967, y la correspondencia de Wittgenstein (*Letters to Russell, Keynes and Moore*, 1974; *Cambridge Letters*, 1995), la cual, en una tercera edición, *Wittgenstein in Cambridge. Letters and Documents 1911-1951* (2008), muy ampliada, con más de 400 cartas, notas y documentos, constituye un registro fiel de diversos aspectos de su evolución personal e intelectual.